



ARIEL Y CALIBÁN; RODÓ Y MARTÍ

Ryan Jenkins

Textos y contextos de América Latina, Julio Rodríguez (MC)

Otoño, 2006

Al final del siglo XIX, dos hombres de América Latina proclamaron su visión del siglo venidero. El primero era el apóstol cubano de la democracia, José Martí, quien escribió el ensayo *Nuestra América* en 1891. El otro, el formidable José Enrique Rodó, escribió *Ariel*, un ensayo que recibió mucha atención cuando fue escrito en 1900. Ambos escritos transmiten la auténtica preocupación por el *bienestar* de América Latina que sus autores sinceramente sentían a lo largo de sus carreras literarias. Pese a las muchas similitudes entre los dos textos, son dos visiones que, teóricamente, no pueden llegar a un acuerdo: uno de los ensayos mira hacia el futuro, mientras que el otro, mayormente, refleja el pasado de los países hispanoamericanos. Mediante un análisis de los dos textos se hace evidente que, aunque fueron escritos en la misma década, *Ariel* –para usar las palabras de Martí– es un producto del “criollo exótico” (3) que contrasta mucho con la visión revolucionaria de *Nuestra América*. A continuación se analizarán los diferentes temas que tratan los ensayos –por ejemplo, la educación– para destacar que *Ariel* realmente es un producto del *fin de siècle* con clara mentalidad de aquel tiempo, mientras que el mensaje de *Nuestra América* es, en verdad, radical, sobre todo para su época, de modo que realmente se le puede calificar de precursor del pensamiento moderno de América Latina.

Después de las guerras de independencia del siglo XIX, la identidad cultural de América Latina fue uno de los temas más discutidos entre los autores e intelectuales de los nacientes países. En *Ariel*, Rodó encuentra en las raíces latinas un espacio común que podría unir a esos países jóvenes. Aunque considera que su pueblo no tiene una personalidad definida todavía, los americanos latinos, dice: “[tenemos] una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a

inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación el futuro” (198). Propone que esa herencia, que es una combinación de la “filosofía griega y el humanismo cristiano” (Ette 52), es aquello que la nueva generación debe tratar de emular para obtener una sociedad ideal; es decir, la semejanza con griegos y romanos. Su propuesta consiste en que América Latina sea una extensión homogénea de la cultura occidental de Europa. Ahora bien, lo que es inquietante de esa utopía es que no hay mención sobre la diversidad de razas y culturas que realmente define las Américas. En su ensayo “Así habló Próspero”, Ottmar Ette dice, al respecto, lo siguiente:

Esta visión de la modernidad en América Latina es la de una modernidad que marginaliza y excluye todo tipo de heterogeneidad, todo tipo de alteridad que pueda poner en peligro la realización de su proyecto que, en última instancia, es un proyecto totalitario a nivel cultural (61-62).

A pesar de sus buenas intenciones, la gran falla del autor es que no toma en cuenta la naturaleza heterogénea de América Latina y, por lo tanto, su visión exige ignorar la cultura de los indígenas.

Martí, al igual que Rodó, dice: “[los pueblos de] nuestra América han de darse prisa para conocerse” (1) y estar unidos. La gran diferencia con respecto a Rodó consiste en que la visión de Martí incluye las culturas de los indígenas y los negros, pues es consciente de que son parte integrante de la cultura de América y que esa diversidad y el mestizaje es, precisamente, lo que define la cultura americana. La idea central de *Nuestra América* se apoya en que los residentes del nuevo continente sean americanos, y no europeos viviendo entre indios y negros. Martí dice: “nuestra Grecia –los incas– es preferible a la Grecia que no es nuestra” (3), lo que claramente contrasta con la visión cultural de Rodó. La aguda imagen que sigue es, para Martí, la causa de muchos de los problemas de América Latina: “Éramos charreteras y togas en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza” (5). *Nuestra América* no pretende rechazar toda la herencia europea sino que hace un llamado a la combinación de lo mejor de ambas culturas. Martí hablaba de transculturación muchos años antes que los antropólogos del siglo XX, de modo que es precursor del movimiento indigenista, con autores como Arguedas, y también del grupo afro-antillano, uno de cuyos integrantes fue Guillén.

Rodó utiliza personajes de la obra *La Tempestad* de Shakespeare para crear una imagen metafórica de la diferencia entre la cultura latina y la cultura norteamericana. Es provechoso revisar la selección de metáforas que emplea Rodó porque revela abundantes aspectos de su mentalidad. En *Ariel*, Próspero –el narrador– es “el viejo y venerado maestro” (Rodó 139) que habla a un grupo de alumnos. A su lado se encuentra una estatua de Ariel, el “genio del aire” (Rodó 139) que simboliza “el imperio de la razón” (Rodó 139) y, a la vez, a todos los latinoamericanos. Más adelante en el texto aparece Calibán como símbolo de “sensualidad y de torpeza” (Rodó 139) y representa la concepción utilitaria de la cultura en los Estados Unidos.

Rodó eligió el nombre de “Próspero” para el narrador de *Ariel* por su estima hacia el maestro de *La Tempestad*; sin embargo, para el lector moderno el Próspero de Shakespeare es un héroe que causa inquietud. Shakespeare creó un protagonista que se cree superior a los nativos de la isla y que emplea cualquier medio para lograr su objetivo, incluso manipulación, mentira y abuso de poder. Es cierto que Próspero es el héroe de la obra; no obstante, es un héroe con la mentalidad de la época de Shakespeare y, además, simboliza al colonizador blanco. Los valores de la sociedad han cambiado desde entonces; en la edad moderna Próspero se convierte en el enemigo cuyos métodos resultan repulsivos: representa al opresor de los nativos de las colonias.

No cabe duda de que *La Tempestad* alude a la colonización de América, pero en *Ariel* Rodó tal vez se equivocó al asignar símbolos a los personajes. En su ensayo *Calibán*, Roberto Fernández Retamar presentó esta idea al mundo hispanoamericano citando varias veces a los europeos y caribeños que ya la habían propuesto. Su ensayo defiende que el símbolo de América Latina no es Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán: “Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para entenderse con él... no conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad” (25-26). A pesar de que Fernández Retamar perdona la falta de visión de Rodó en cuanto a los símbolos seleccionados, esa selección revela que el autor se identifica con los colonizadores –el hombre blanco que subyuga a los indígenas– y no con el pueblo nativo. La mentalidad de Rodó refleja la de la burguesía blanca del final del siglo XIX, que, a su vez, hereda la mentalidad de los colonizadores transmitida a través de los criollos blancos. Lo que realmente perjudica a

Rodó es su afirmación de que las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores pueden servir para animar a la acción las nuevas generaciones (Rodó 142).

José Martí, más que cualquiera de sus contemporáneos, luchaba con la tinta a favor de la igualdad de las razas. Esto es particularmente llamativo si consideramos que la mayoría de los intelectuales de su tiempo, tanto de Europa como de América Latina, alegaban diferencias inherentes a las razas. En Europa muchos abusaban del hallazgo reciente de la selección natural para crear teorías que hoy llamaríamos de darwinismo social, que defendían la superioridad de la raza blanca. Al igual que los europeos, los intelectuales latinoamericanos, como Sarmiento y Bunge entre otros, utilizaron las mismas ideas para crear una postura racial contra “las razas inferiores” de sus países. Dentro de aquel ambiente racista, Martí hace esta proclamación en *Nuestra América*: “No hay odio de razas, porque no hay razas” (6). Martí creía que cualquier diferencia observada entre las razas se explicaba por accidentes de la historia y la experiencia vivida de cada individuo, afirmando: “el alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color” (7). En su valioso ensayo “Martí and the Racists” Martin S. Stabb dice lo siguiente:

His words of 1894, “No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y formas que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva,” might well have been written by any one of a significant group of modern anthropologists who felt that the poorly understood term “race” should be completely redefined if not dropped altogether (437).

La visión del apóstol Martí en cuanto a las razas lo distingue como un pensador liberal ante su tiempo, un verdadero defensor de la igualdad humana.

Las palabras de Rodó son bastantes neutrales con respecto al racismo, lo que hace que sean más fáciles de respetar que el flagrante racismo de muchos de los ensayistas de la última década del siglo XIX. Aún así, siempre es útil analizar lo que un autor no dice. En el caso de *Ariel* no hay mención de las razas indígenas de América ni tampoco de los africanos; las únicas menciones de razas que aparecen son las de las europeas: la eslava, la germánica y, la preferida, la latina. Tampoco habla del mestizaje, que era tan importante con respecto al tema de las razas. Esta falta de mención tiene importancia

porque el autor supuestamente se dirige al pueblo entero, pero la verdad es que sólo quiere hablar con los de ascendencia latina. Tal vez esta omisión se deba a que, en ocasiones, los intelectuales de las clases más favorecidas prefieran no tratar asuntos delicados que podrían indisponerles con algunos de los miembros de la sociedad. Sea lo que sea, la falta de mención de la diversidad racial de América Latina –un rasgo esencial de este continente– es un “descuido” grave.

Ambos escritores, Rodó y Martí, eran grandes partidarios de la educación y, Rodó más que Martí, habla mucho de la educación de la juventud. Sin embargo, en cuanto a la educación hay un desacuerdo teórico entre sus visiones, el cual no es irreconciliable porque es, sobre todo, producto de donde cada uno ha puesto el énfasis de su argumento. Dentro del texto de *Ariel* aparece una de las declaraciones más agudas sobre la educación en una sociedad democrática y creemos que es conveniente incluir aquí uno de sus fragmentos:

El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad (189).

Rodó alababa todo lo que pertenecía a la cultura greco-romana y, por lo tanto, pensaba que una educación clásica era imprescindible, mientras que para Martí era preferible la Grecia de América, es decir, la historia de los incas y los demás pueblos. Esta distinción era importante para Martí porque quería fomentar un pensamiento orgánico: “aprender para crear, no para copiar” (6) todo que venía de Europa. Creía que el estudio de la naturaleza de América era esencial para los que pretendían gobernarla, y que los gobernadores tenían la responsabilidad de conocer y resolver los problemas del pueblo. Un énfasis en la educación clásica para Martí era una falsa erudición, mientras que para Rodó era lo más glorioso. En *Ideas de José Martí sobre las universidades*, Calixto Masó y Vázquez destaca que “la tesis de Martí sobre las universidades, es de carácter sociológico, pues descansa en su afirmación de que las universidades de América tienen que preparar a los hombres de nuestro continente para los problemas que les plantea la sociedad, el tiempo y el lugar en que viven” (455). En *Nuestra América* Martí

dijo básicamente lo mismo, pero de otra manera: “los gobernadores deben aprender indio, si en su república hay indios” (6).

Al contrario que para Martí, para Rodó la función de educar a los jóvenes consiste en hacer de ellos hombres cultos que sepan diferenciar entre el bien y el mal y que puedan apreciar lo bello y lo espiritual de este mundo. De hecho, el gran objetivo del ensayo es ilustrar que los latinoamericanos poseen la capacidad de ser como la estatua de Ariel que está al lado del narrador. Esta estatua representa “el imperio de la razón... el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia” (Rodó 139). Esta simbiosis entre el helenismo y el humanismo era la visión de Rodó para la juventud. Ellos tenían que ser moderados en sus intereses y habilidades como los pensadores del Renacimiento y los filósofos de la Grecia antigua. Rodó quiere resucitar el “ocio antiguo” (Rodó 162) y la meditación desinteresada, circunstancia que sólo es posible en personas de clase alta exentas de la obligación del trabajo. Esta idea presupone que hay una clase baja que trabaja para que los intelectuales puedan hundirse en el mundo de las ideas. Todo lo anterior sería, a juicio de Martí –un hombre pragmático que estaba luchando por la liberación de su pueblo– un lujo frívolo.

Rodó dice que la literatura moderna debe ser una literatura de ideas, es decir, que ha de combinar la literatura y la filosofía. Para destacar esta idea, convierte el texto de *Ariel* en una obra de literatura, situándose en un espacio literario en vez del propio de un ensayo. Dice al respecto Ottmar Ette: “La palabra humana – según Rodó– sólo vencerá lo transitorio transformándose en obra de arte” (53) y, en efecto, *Ariel* tiene rasgos ensayísticos dentro de un contexto ficticio. En su nueva literatura de ideas, vemos que Rodó empieza a dialogar con el libro universal desde Latinoamérica, refiriéndose a una pléthora de escritores europeos –casi todos franceses–. En *Nuestra América* Martí advirtió a los americanos que no deberían tener la mirada demasiado fija en Europa. El autor se burla de los que sólo miran a Europa para encontrar sabiduría: tienen el “brazo de Madrid o de París... el brazo de uñas pintadas y pulsera” (1-2).

Uno de los temas en que los dos autores podrían llegar a un acuerdo es en cómo deben ser los gobiernos de América Latina. Ambos pensaron, como Bolívar, que las leyes de otros países no son aplicables al país propio. En *Nuestra América* dice Martí: “El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país” (2). Con

respecto a los gobiernos, Rodó dice algo parecido; sin embargo, parece que cree que las culturas sí son transferibles, en este caso la helénica a la americana.

La popularidad de *Ariel* –que después de su publicación “se convirtió en el evangelio de un nuevo americanismo” (Ette 50)– se debe, en gran parte, a que Rodó tenía la respuesta a algo que inquietaba mucho a los miembros de su generación. Fue escrito dos años después de la guerra entre España y Estados Unidos. El resultado de aquella guerra creó un ambiente de inseguridad en América Latina. Lo que *Ariel* pretende es demostrar que América Latina puede ser más noble que el vecino del norte, aunque menos poderosa, en un sentido que para el autor tiene mucha más importancia: en lo estético, en lo espiritual. Su argumento es que la cultura y mentalidad norteamericana es utilitaria y materialista, mientras que América Latina tiene una cultura que sabe apreciar lo bello y lo espiritual. Es menester decir que *Ariel* no es un panfleto en contra de los Estados Unidos, sino una justa observación de las virtudes y los defectos de aquel país. John T. Reid ha escrito una aguda investigación titulada *The Rise and Decline of the Ariel-Calibán Antithesis in Spanish America* sobre la trayectoria de esta antítesis que ahora no es tan popular como antes, pero que durante años dominó la conversación intelectual sobre la relación entre el gigante del norte y los pueblos latinos. En general, las observaciones que Rodó hizo sobre la cultura de los Estados Unidos, tanto las negativas como las positivas, no han cambiado, sino que son cada vez más claras con el paso del tiempo.

Los dos ensayos tratan de la amenaza que Estados Unidos suponía, y en este aspecto se parecen considerablemente. Martí, como Rodó, comentó que no se trataba de que “los rubios del continente” (7) fueran “malos”; sino de que las diferencias entre ambos pueblos, combinadas con el desequilibrio de poder, iban a complicar la situación política. Que lo dijera años antes de todas las intervenciones e invasiones que sucedieron en el siglo pasado parece justificar su calificación de profeta.

Después de analizar *Ariel* y *Nuestra América* y compararlos entre sí, es difícil no ver las muchas semejanzas entre los dos textos. De hecho, Jose L. Mas ha escrito un ensayo a propósito titulado: “La huella de José Martí en *Ariel*”. A pesar de que le falta evidencia directa de esa huella, Mas hace buenas observaciones al respecto. Una semejanza que no menciona es que los dos textos de este estudio terminan con la imagen

de un sembrador cósmico llevando “a cuestras la semilla de la América nueva” (Martí 7). Es muy posible que Rodó hubiera leído *Nuestra América*; no obstante, eso no quiere decir que *Ariel* sea una mera copia del ensayo del cubano revolucionario. Como hemos visto, hay diferencias irreconciliables entre las dos visiones y Rodó, posiblemente, no las detectaba por su naturaleza elitista.

Muchos críticos, como Mario Benedetti y Fernández Retamar, han dicho que Rodó era un escritor limitado al siglo XIX (Rodríguez Monegal 79), y eso es exactamente lo que este ensayo ha pretendido mostrar. No obstante, eso no quiere decir que *Ariel* no posea méritos; sigue siendo una obra única en su estructura (ensayo literario), con gran abundancia de ideas relevantes para el mundo actual. Considerarlo un panfleto antiestadounidense o un mero ensayo histórico sería un error. Ha sido usado tanto por la izquierda como por la derecha, ha sido alabado y criticado. Este complejo legado dice mucho sobre la importancia que esta obra ha tenido. Quizás Rodó cumplió con su deseo de convertir su ensayo en arte escrito, de convertirlo en lo que, para él, *Ariel* simboliza: “buen gusto en arte... noble inspiración en el pensamiento” (Rodó 228).

A pesar de eso, la visión de *Ariel* no era adecuada a la realidad de América Latina porque no tomaba en cuenta la naturaleza de aquel pueblo. Su incapacidad para ver esa realidad no le permite resolver los problemas del continente; contra ese tipo de mentalidad precisamente, estaba luchando Martí. Puede ser que lo que más diferencia a ambos pensadores es que Rodó era un intelectual sin interés en la acción, mientras que Martí era el intelectual de acción por excelencia que murió luchando por su país y por sus principios. Martí no tenía tiempo para el “ocio antiguo” (Rodó 162) porque estaba ocupado liberando a su nación y a su gente. Martí escribió: “el mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico” (3). En esta frase, el ensayo de Rodó se situaría en el segundo grupo. Como hemos visto, su manera de ver la cultura y las razas de América Latina, su fascinación por Europa y su incapacidad de ver la realidad de su pueblo impidieron a Rodó tener la visión revolucionaria de Martí. Es posible contrastar ambos ensayos de esta manera: de “América Latina”, Rodó deseaba poner el énfasis en *Latina*, y Martí en *América*.

Nuestra América marca el amanecer de la época moderna. Sus ideas y argumentos son tan relevantes para la situación actual en América Latina que pudiera

haberse escrito hace poco tiempo. *Nuestra América* es el precursor del pensamiento moderno en América Latina por su visión revolucionaria sobre temas como cultura, raza e identidad. Es un ensayo que, en teoría, resuelve la crisis de identificación que por tanto tiempo ha preocupado a los intelectuales de América Latina al exigir que los americanos sean americanos y que conozcan y acepten su naturaleza.

Bibliografía

- Ette, Ottmar. “<<Así habló Próspero>>. Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de *Ariel*.” *Cuadernos Hispanoamericanos*. Vol. 528 (junio 1994) 49-62.
- Fernández Retamar, Roberto. *Todo Calibán*. 3 de noviembre, 2006. <www.lajiribilla.co.cu/pdf/caliban1.pdf>
- Martí, José. “Nuestra América.” 27 de noviembre, 2006. <<http://www.analitica.com>> Camino: Biblioteca; Autores sin imágenes; José Martí; Nuestra América.
- Mas, José L. “La huella de José Martí en *Ariel*”. *Hispania*. Vol. 62, No. 3 (mayo – septiembre 1979) 275-281.
- Masó y Vázquez, Calixto, “Ideas de José Martí sobre las Universidades.” *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 26, No. 2 (mayo – agosto 1964) 451-456.
- Reid, John T. “The Rise and Decline of the Ariel-Calibán Antithesis in Spanish America.” *The Americas*. Vol. 34, No. 3 (Jan. 1978) 345-355.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. Madrid: Cátedra, 2004.
- Rodríguez Monegal, Emir. “The Metamorphoses of Calibán.” *Diacritics*. Vol. 7, No. 3 (Autumn 1977) 78-83.
- Sánchez, Marta E. “Calibán: The New Latin-American Protagonist of the Tempest.” *Diacritics*. Vol. 6, No. 1 (Spring 1976) 54-61.
- Stabb, Martin S. “Martí and the Racists.” *Hispania*. Vol. 40, No. 4, Walsh Number (Dec 1957) 434-439.